



Barcelona, 1921

El timbre del teléfono a las diez de la mañana sobresaltó a Blanca Lledó. Aún no se había acostumbrado al sonido estridente de aquel aparato moderno que había hecho instalar la semana anterior junto a la entrada privada de la casa. Podía contar con los dedos de una mano las llamadas que había recibido desde entonces. Ella, por la curiosidad de probarlo, había realizado unas cuantas más.

Dejó el periódico sobre la mesa de la cocina, donde estaba desayunando, y fue a atender la llamada. Descolgó el auricular y carraspeó antes de asir aquel artilugio con forma de candelero y acercarse el micrófono a la boca para pronunciar con formalidad: «Residencia de artistas Lledó». La amable voz de la telefonista le informó de que daba paso a su interlocutor. El hombre se identificó como Ricardo Arbona, y Blanca se presentó a su vez. Por un momento temió que su próximo huésped, al que esperaba dentro de dos días, fuera a anular la reserva.

—Disculpe, señora Lledó, ¿habría algún problema si llego este mediodía? Calculo que en un par de horas estaré ya en Barcelona.

—Ah... No, no hay problema, no. —Solo uno muy pequeño que podía solventar—. Su habitación estará disponible a partir de la una, si le parece bien. Es probable que si llega antes no pueda recibirle adecuadamente.

—A la una me va estupendo. Es en la primera planta del edi-

ficio, ¿verdad? Me anoté el nombre de la calle: Muntaner. Y el número, pero no el piso.

—En la primera, sí. La puerta que queda a la izquierda al salir del ascensor. Verá una placa dorada que lo indica. La de la derecha también pertenece a la casa, pero es la que utilizamos como entrada privada para la familia.

—Bien. Gracias. Y disculpe por el cambio de planes. Hasta luego.

Un clic sonó en el auricular y la telefonista le preguntó si la llamada había finalizado. Blanca respondió que sí, ancló aquella especie de trompetilla y dejó el teléfono suavemente sobre la consola del pasillo, pensando en que el señor Arbona tenía una voz agradable. Incluso a través de aquel aparato que parecía crepitar, sonaba limpia, enérgica y con unos graves envolventes.

Regresó a la cocina y continuó con el desayuno y la lectura de *La Vanguardia*, que ese miércoles, 2 de noviembre, seguía dedicando unas cuantas columnas a la campaña de Marruecos. Las leyó por encima para no entristecerse por los heridos de guerra que seguían llegando a la península, y se centró en la información sobre la ciudad mientras aguardaba el regreso de Juanita, la única persona del servicio doméstico que podía permitirse. Debía avisarla del cambio de planes del nuevo huésped.

En cuanto la criada entró en la cocina, de vuelta de sus primeras tareas diarias, Blanca dio por concluida la lectura.

—¿Alguna noticia importante, señora?

—Pocas, Juanita. Han inaugurado unas escuelas en las afueras de la ciudad para trescientos alumnos. La mitad serán niñas.

—¡Niñas! Bien, algo es algo —expresó mientras se ataba el delantal blanco del uniforme del servicio.

Aunque no hubiera más sirvientas, las formas eran muy importantes para Blanca Lledó.

—Eso mismo pienso yo. Aún quedan muchas por escolarizar, pero espero que poco a poco...

—Qué optimista es usted, señora. A los hombres no les interesa que las mujeres aprendamos demasiado, no vaya a ser que dejemos de lavarles los calzoncillos y de agacharnos a sus pies para ponerles las pantuflas.

Blanca sonrió, pero no quiso entrar en un tema del que podrían hablar durante horas, así que mencionó otras noticias: la gran afluencia de visitantes en los cementerios de la ciudad el día anterior, la continua llegada de turistas a Barcelona y la infructuosa búsqueda de uno de los autores del atentado mortal contra D. Eduardo Dato, el presidente del gobierno, a principios de marzo. Justo el día que ella inauguraba su residencia de artistas.

—Ah, y un ligero contratiempo para nosotras, Juanita. El señor Arbona, el escritor, llegará hoy en lugar de pasado mañana. A la una. Debemos apresurarnos al volver de la misa de difuntos.

—Puedo regresar yo sola en cuanto acabe, señora. No hace falta que corra usted —se ofreció la mujer mientras ponía al fuego una cacerola con agua.

—Ya sabes que me gusta recibir a mis artistas personalmente. Y, si quieres que te diga la verdad, casi agradezco tener un motivo para escapar de la charla banal que siempre soporto al salir de la iglesia y de los inevitables cotilleos que me interesan bien poco. No, volveremos juntas.

—Lo que usted mande, señora. Entonces, ¿preparo comida para uno más?

—No será necesario. Uno de los huéspedes, el ilustrador, está indispuesto. Dudo que le apetezca comer. Ya he llamado al doctor Velarde. Pasará a visitarlo en cuanto le sea posible. —Se levantó para poner fin a la breve conversación—. Voy a terminar de arreglarme. Saldremos en cuarenta minutos. Espero que el médico llegue antes o tendrás que quedarte a esperarlo.

Pero eso de «lo que usted mande» era un decir. Juanita no se mordía la lengua.

—¿Y no puede abrirle la puerta ese amigo suyo que viene todos los miércoles para llevarle las cuentas? Ya debe de estar al caer.

—Podría, pero no quiero. Bastante hace Ramón por mí al ayudarme desinteresadamente con la contabilidad del negocio.

—Una horita a la semana tampoco es tanto sacrificio, digo yo —opinó la criada, blandiendo en el aire el cuchillo con que cortaba unas verduras.

A pesar de que solo llevaba dos años trabajando para Blanca, Juanita la trataba como si la hubiera visto nacer. Ella toleraba aquel exceso de confianza porque andaba a la par con su eficiencia. La mujer mantenía la casa impecable, cocinaba bien y se encargaba de la colada, además de acompañar a su hija Eulalia cada mañana a la Institución Teresiana y de recogerla cada tarde. Para Blanca Lledó, la ayuda de aquella avispada y resuelta albaceteña de cuarenta y cuatro años era inestimable, y la compensaba con un buen salario.

También quería compensar a Ramón, pero él se negaba a aceptar una sola peseta por esa hora semanal que pasaba en el pequeño despacho de la vivienda, rodeado de facturas, recibos y demás papelajos que a ella la abrumaban.

El mentado Ramón llegó a las once de la mañana, puntual como siempre, y, tras el intercambio de saludos amistosos, se encerró en el despacho.

Media hora después, sin que el médico hubiera llegado, Blanca se despedía de Ramón y de la criada y se encaminaba hacia la iglesia de Nuestra Señora de Pompeya. No era la más cercana a su casa, pero sí la que estaba de moda entre la burguesía barcelonesa desde hacía algunos años, y a la que ella —burguesa de cuna— acudía todos los domingos.

El doctor Velarde no apareció hasta quince minutos más tarde. Juanita lo acompañó a la habitación del enfermo y luego, ya con

el abrigo y el sombrero puestos, fue a informar a Ramón Sureda de que se marchaba.

—Bien. Gracias, Juanita. Yo no tardaré en irme.

—Lo supongo. Siempre se va usted a las doce.

—¿Tienes algo que objetar? —replicó con severidad.

La criada hizo una mueca de extrañeza.

—¿Algo que qué?

—Que si tienes alguna queja de mis horarios.

—Ah, no, ¡válgame Dios! ¿Por qué iba yo a quejarme de usted? Solo era un comentario.

—En ese caso, te pido disculpas por haber sido algo brusco. Es que, cuando estoy metido de lleno en los números, me molesta que me interrumpían —explicó él, esbozando una sonrisa.

—Claro, claro. No se apure, que ya me voy. Llego tarde a la misa de difuntos y tengo muchos por los que rezar. Hala, vaya usted con Dios, don Ramón.

Aunque Juanita nunca entraba ni salía por la puerta reservada a los residentes, llevaba demasiada prisa para recorrer todo el pasillo con forma de U, que comunicaba la zona privada de la casa con la destinada al alojamiento de los artistas. Solo se permitió unos segundos de demora para comprobar, con un vistazo rápido, que la habitación adjudicada al escritor estuviera lista para ser ocupada.

Sí, lo estaba. Desde hacía una semana, cuando se marchó el último huésped que se había alojado allí y ella misma la adecentó para el siguiente. El lunes le había dado un repaso y estaba impecable.

Cerró la puerta y dejó la llave en el cajón de la consola del vestíbulo, donde guardaba las copias de las correspondientes a las cuatro habitaciones para artistas. Rogando por que el ilustrador no hubiera contraído alguna enfermedad infecciosa, lo que podía espantar a los demás huéspedes y a los posibles futuros

residentes, se dirigió hacia la iglesia con paso rápido y la cabeza gacha a fin de no distraerse con nada durante el trayecto.

El mismo caminar llevaba el hombre que entró en el portal del que Juanita acababa de salir; aunque distraerse no era lo que él trataba de evitar, sino que intentaba pasar desapercibido. La americana gris de *tweed* y la gorra calada hasta las cejas no lo hacían especialmente destacable entre el resto de viandantes masculinos. Tampoco la discreta bolsa de viaje en la que llevaba sus pertenencias, pues había más de un turista en esa zona. Cruzó el vestíbulo del edificio con más rapidez aún y subió por la escalera hasta la primera planta. Del bolsillo del pantalón sacó la llave que había guardado durante tanto tiempo, la introdujo en la cerradura de la puerta que ahora se utilizaba como entrada privada y, con el máximo sigilo, se adentró en la casa.



2

Ricardo Arbona pagó el café que se acababa de tomar en un bar cercano a la residencia de artistas en la que tenía previsto pasar un par de semanas y hacia allí se dirigió. Ya era la una. La señora Lledó podría «recibirle adecuadamente». Ricardo no sabía qué había querido decir con eso aquella mujer, pero prefirió no incomodarla presentándose antes de la hora acordada; bastante hacía ya con aceptar de buen grado su llegada con dos días de adelanto.

El vestíbulo del edificio era amplio y regio, nada que ver con el de su casa en Madrid. La escalera de mármol, a la derecha, contrastaba con la estructura central de hierro forjado tras la que se ubicaba el ascensor, y con la ornada puerta de madera y cristal que debía de dar acceso a la vivienda de los porteros. Todo eran curvas sinuosas y motivos vegetales, muy propio de aquella corriente artística llamada modernismo que tanto había cuajado en Cataluña a finales del siglo anterior. Aunque Ricardo Arbona no era un entendido en arte, su profesión de periodista y una innata curiosidad le hacían saber un poco de todo. Le fascinó aquel vestíbulo y se dijo que esa misma tarde se acercaría hasta la Sagrada Familia para ver *in situ* aquella catedral en construcción, diseñada por el reconocido arquitecto Antonio Gaudí, que había visto en unas pocas fotografías.

Al salir del ascensor, distinguió enseguida la placa dorada que indicaba la entrada a la residencia de artistas. Pulsó el timbre y se peinó con los dedos mientras oía el paso de unos tacones que se acercaban.

La mujer que abrió la puerta, con una estudiada sonrisa, era alta y espiada. Su vestimenta acentuaba esa impresión: traje negro de corte sobrio, la falda casi hasta los tobillos y la chaqueta larga abotonada. Bajo el traje, una blusa blanca de cuello alto. El rostro sobre ese cuello era ovalado y un tanto pálido; apenas llevaba maquillaje. El cabello castaño oscuro, recogido de algún modo, y unos ojos almendrados de color marrón le daban un aspecto severo a la vez que entristecido. Quizá estaba de luto, pensó Ricardo. Ella no tardó en sacarlo de dudas.

—¿Señor Arbona? Bienvenido a la Residencia de Artistas Lledó. Pase, por favor. Y no ponga esa cara de circunstancias. Imagino que parece que se me ha muerto alguien, pero no. —Su sonrisa se amplió al tiempo que extendía un brazo hacia una pequeña estancia que hacía las veces de recepción—. Por aquí, si es tan amable. Debo formalizar el registro de su entrada. Lamento no tener un mozo que le lleve la maleta.

—Ah, no, no importa. Estoy acostumbrado a cargarla yo. Viajo a menudo.

La mujer se situó tras el mostrador de madera noble. Parecía algo inquieta.

—Acabo de volver de la misa de difuntos, por eso voy vestida así.

—Ah, claro —comprendió él, aliviado por no haber llegado en un momento delicado.

—Disculpe, todavía no me he presentado. Soy Blanca Lledó, la propietaria de la residencia de artistas.

—Encantado de conocerla. En persona —puntualizó.

—El placer es mío, señor Arbona. ¿Es la primera vez que viene a Barcelona? —le preguntó mientras anotaba en un formulario la fecha y la hora de su llegada.

—Pues sí, la primera.

—Espero que le guste la ciudad. Y que encuentre la inspira-

ción que ha venido a buscar. En la solicitud de reserva indicó que iba a escribir una novela policiaca ambientada en los bajos fondos.

—Esa es mi intención, sí.

—Yo no los frecuento, por supuesto, pero...

«Por supuesto», repitió la mente de Ricardo. Todo lo que había visto desde que entrara en el portal olía a burguesía acomodada, y Blanca Lledó encajaba a la perfección en ese mundo que no solía mezclarse con el de la miseria si no era a causa de obras benéficas. Por eso, el ofrecimiento que le hizo la mujer de que estaba a su disposición para cualquier cosa que necesitara, incluso información y asesoría para la novela, le pareció un tanto absurdo.

—Siempre ayudo a los residentes en todo lo que está en mi mano —continuó la señora Lledó—. También intento fomentar el intercambio de ideas entre ellos, aconsejándoles que realicen juntos las tres comidas del día. Esta semana coincidirá usted con un músico, un ilustrador y una guionista de cine. Después se los presentaré.

Le entregó el formulario que había rellenado mientras hablaba y le pidió que lo revisara y lo firmara. Ricardo comprobó sus señas de Madrid, su fecha de nacimiento, profesión, estado civil, motivo de la estancia... Todos aquellos datos se los había proporcionado ya por escrito cuando solicitó el alojamiento. Le había recomendado la residencia un compañero del periódico que la conocía por el amigo de un amigo. Poco le había contado aquel periodista sobre el lugar, solo que era nuevo, acogedor y que se hallaba bien situado en la zona del Ensanche de Barcelona, y Ricardo prefirió probar esa opción que meterse en una pensión. El precio era asequible a su bolsillo, y por lo que había visto del edificio, podría decir que muy barato. Tal vez esa mujer fuera una especie de mecenas, pensó Ricardo.

Cuando le devolvió el formulario firmado, ella comentó:

—Tiene usted la misma edad que mi hermana pequeña, ¿sabe? Treinta y seis años.

—¿Pequeña? ¿En serio? No parece usted mayor que yo —la piropeó Ricardo, al que no le faltaba labia con las féminas.

Blanca Lledó elevó las cejas y lo miró con incredulidad durante dos segundos. Luego, salió de detrás del mostrador y le pidió que la acompañara a un recorrido por la casa.

—Así, cuando le muestre su habitación, podrá instalarse y descansar del viaje hasta la hora de comer. No mucho, ya que la comida se sirve a las dos. Le enseñaré dónde.

También le mostró la biblioteca, el excusado, el cuarto de baño y le señaló las puertas de las estancias privadas de la familia. Terminaron en la cocina, donde le presentó a Juanita: una mujer robusta, de estatura media y rostro rubicundo de expresión afable. El aroma que desprendía lo que cocinaba abrió el apetito de Ricardo.

—Huele de maravilla. Estoy deseando que sean las dos.

La cocinera y criada para todo, según le dijo la propietaria, soltó una carcajada estentórea.

—Ah, qué adulador es usted, señor Arbona. Pero se agradece, ¡claro que sí! Aunque el estofado de ternera no tiene mucho secreto. Espere a probar...

Una llamada telefónica interrumpió a Juanita. La señora Lledó dio un respingo al oír el timbre y murmuró:

—Vaya por Dios. Justo ahora que...

—Conteste, doña Blanca, que ya le enseñé yo la habitación al señor Arbona. —Se limpió las manos con un paño y se alisó el delantal—. Caballero, venga conmigo o no le va a dar tiempo a descansar un poco antes de comer.

Blanca Lledó se disculpó por la interrupción y Ricardo siguió a Juanita, desandando el pasillo hasta el vestíbulo, donde la criada

hizo un alto para coger una llave del cajón de una consola, y le indicó que allí podía dejar la suya cuando no quisiera llevarla encima.

Continuaron hasta el pequeño distribuidor en el que se ubicaba la biblioteca, flanqueada por dos puertas. Una placa oval numerada indicaba que correspondía a las habitaciones alquilables 1 y 2. La 3 y la 4 quedaban al otro extremo del largo pasillo.

Juanita abrió la 2 y se hizo a un lado, invitándolo a entrar.

Todo lo que veía Ricardo desde la puerta era un escritorio tipo buró, arrimado a la pared a su derecha, y la silla correspondiente. Avanzó hasta rebasar el recodo a su izquierda y allí se detuvo en seco, enmudecido y paralizado por lo que apareció ante sus ojos: a dos metros de sus pies, el cuerpo de un hombre yacía en el suelo sobre un charco de sangre. Parte de la americana gris y de la camisa blanca de aquel desafortunado estaban teñidas de rojo. Un abrecartas de mango dorado relucía en medio del charco.

Desde el umbral de la puerta, Juanita le preguntó:

—¿Qué, señor Arbona, le gusta su habitación?

A pesar de que Ricardo había visto mucho mundo y tenía el corazón a prueba de bomba, tuvo que tragar saliva para que la voz le saliera con normalidad. La situación era del todo anormal.

—Pues... no sabría decirle. Si esto es lo que la señora Lledó considera «recibirme adecuadamente»...

—¡La virgen! —exclamó la sirvienta, ya a su lado. Lo agarró del brazo y tiró de él, instándolo a salir—. Sí, bueno, es... exactamente eso: un recibimiento adecuado para usted. Porque viene a escribir una novela de crímenes, ¿no?

—Sí, pero...

—Pues esto es para que se nos inspire —lo cortó ella, cerrando la puerta de golpe—. Pero no es lo que parece. ¡No, por Dios! A ver, ¿cómo se lo explico?

—Oiga, hay un muerto ahí dentro —le susurró él, aturdido por la impresión.

—¡Qué va, hombre! Es... un muñeco. Sí, eso, un muñeco grande. Y pintura roja. Lo que parece sangre es pintura roja. ¡Si lo sabré yo, que soy la que la ha puesto ahí! Mire, mejor vaya usted al salón, que yo le limpio el cuarto en un santiamén.

Blanca Lledó, que avanzaba por el pasillo en dirección a ellos, preguntó con extrañeza:

—¿Qué ocurre, Juanita? ¿No me has dicho que la habitación del señor Arbona estaba preparada?

—Preparadísima, doña Blanca. Y ya la ha visto. ¡Y ha dado resultado! ¿No ve lo pasmado que está? Se lo ha creído. —Sonrió triunfal, al tiempo que le guiñaba un ojo a su señora—. Lo que yo le sugerí para el recibimiento adecuado que a usted le gusta dar a sus artistas, eso de montar la... ¿Cómo lo llama la policía? ¡Ah, sí! La escena de un crimen. Con el muñeco ese grande, la pintura roja...

—Eso no es pintura —insistió Ricardo, señalando con el pulgar la puerta cerrada a su espalda.

La señora Lledó los miraba, confusa.

—¿De qué estás hablando, Juanita?

—Pues de eso, señora. Ya sé que usted me dijo que no lo hiciera, pero... ¡Espere!

La criada intentó detener sin éxito a la dueña de la residencia, que se dirigió con decisión hacia la puerta señalada y entró en la habitación.

Ricardo las siguió. Al instante, fue testigo del grito que ahogó la señora Lledó tras llevarse una mano a la boca al ver lo que la sirvienta trataba de ocultar. La palidez de aquella dama burguesa aumentó hasta emular el color del papel. Sin embargo, se mantuvo erguida e inmóvil en el mismo sitio en que él se había quedado igual hacía un minuto.

Juanita, unos pasos más atrás, aceptó la realidad.

—Les juro por mi madre, que en paz descanse, que ese hombre no estaba ahí cuando he salido para ir a misa. Ni vivo ni muerto.

—Pu-puede que solo esté herido —tartamudeó la propietaria.

—Yo diría que no —opinó Ricardo—. Ya no sangra.

Totalmente desconcertada, Blanca Lledó avanzó con cautela hacia el cuerpo tendido en el suelo y ladeó la cabeza, fijando la mirada en el rostro de la víctima. La boca de la mujer se abrió para musitar el nombre de «Xavier» entre interrogantes.

Ricardo se acercó a ella.

—¿Conoce a este hombre?

—No, no puede ser él —musitó mientras retrocedía unos pasos. El buró le impidió alejarse más del cuerpo inerte—. Es imposible que sea él.

—¿A quién se refiere? ¿Quién es Xavier?

—Mi... marido.

Después de todo, sí había llegado en un momento delicado, concluyó Ricardo. Muy delicado.

—Vaya, lo siento mucho, señora Lledó. Comprendo que le cueste creer que su marido esté muerto, pero...

—No es eso lo que me cuesta creer, señor Arbona —lo interrumpió, mirándolo a los ojos—. Lo que me cuesta creer es verlo aquí, en esta habitación, recién... asesinado. Porque a mi marido lo mataron de un disparo hace más de dos años. Lo enterré el 3 de febrero de 1919.